

EVOLUCIÓN DE *TIRANO BANDERAS*

EL MARQUÉS—Querido Rubén, los versos debieran publicarse con todo su proceso, desde lo que usted llama monstruo, hasta la manera definitiva. Tendrían entonces un valor como las pruebas de agua-fuerte.

(*Luces de Bohemia*).

Si recorremos cualquiera de las obras de Valle-Inclán desde la publicación en periódicos hasta la última edición en libro, encontraremos transformaciones casi siempre importantes. En muchos casos las variantes, por lo menos en apariencia, son simples y se reducen a cambios, adiciones y supresiones de palabras¹. En otros, por el contrario, se convierten en francas refundiciones. Y alguna vez Valle-Inclán llega a introducir capítulos enteros². Por otra parte, Valle solía presentar, antes de publicar una obra, fragmentos no siempre acabados de ella, como ocurre, por ejemplo, con *Sonata de otoño* y *¡Viva mi dueño!*³ Aunque de *Tirano Banderas* nos ha llegado menor cantidad de material previo, podemos atestiguar en él procesos semejantes. Durante los años 1925 y 1926 aparecen en *El*

¹ Cabría también señalar los cambios de puntuación, muy significativos a veces por su influencia en el ritmo, y, en ciertos casos, la sustitución de minúsculas por mayúsculas. Pero de todas las variantes son éstas las más difíciles y complicadas, pues no ofrecen razones que las justifiquen totalmente ni, por consiguiente, posibilidades de clasificación.

² Tomemos como ejemplo *La Corte de los Milagros*. Publicada en 1927, volvió a ser presentada al público en los folletones de *El Sol* (Madrid, octubre-diciembre de 1931). La confrontación más superficial nos permite observar que, si en 1927 el libro primero era "La rosa de oro", en el folletón la novela comienza con "Aires nacionales", libro totalmente nuevo, al cual sigue como libro segundo el inicial de 1927.

³ *Sonata de otoño* (1902) resulta en parte de la fusión de un cuento breve homónimo aparecido en *Los Lunes de El Imparcial* (Madrid, 9 de septiembre de 1901) con otros tres: "Don Juan Manuel" (*ibid.*, 23 de septiembre de 1901) [acerca del nombre es necesario advertir que Valle-Inclán llamó de la misma manera a "Rosarito" cuando lo incorporó a la primera edición de *Jardín novelasco*, Madrid, 1905, pp. 111-170]; "Hierba santa", que quizá sale por primera vez al público en *Juventud*, año 1, núm. 1, Madrid, 1° de octubre de 1901, y "El palacio de Brandeso" (*Los Lunes de El Imparcial*, 13 de enero de 1902). En un trabajo próximo trataré de explicar el significado de estos cuentos en la elaboración de la *Sonata*.— Con anterioridad a la aparición de *¡Viva mi dueño!* (23 de octubre de 1928) se publicó en folleto *Teatrillo de enredo* (*Los novelistas*, año 1, núm. 16, Madrid, 28 de junio de 1928), que constituyó luego el libro séptimo de la novela con el nombre de "El vicario de Las Verdes".

Estudiante algunos capítulos sueltos⁴. En 1926 se publica, además, un folleto llamado *Zacarías el Cruzado o Agüero nigromante*⁵. Estos elementos entran en el cuerpo total del libro, cuya primera edición es de fines de 1926⁶. Las variantes son notables. Aunque en proporción menor, las hay también en la segunda edición (1927), que es la definitiva⁷. Si bien todos los cambios merecen un estudio minucioso, dada su extrema abundancia, sólo analizaré los más importantes.

REESTRUCTURACIÓN GENERAL

Lo que en seguida llama la atención al cotejar los capítulos sueltos y el folleto con las ediciones de 1926 y 1927 es un cambio considerable en la estructura, determinado por un nuevo concepto de lo que debía ser el conjunto de la obra.

En la revista habían aparecido "El jueguito de la rana" (*ES*, 8-13 y *EM*, 1-2), "El honorable cuerpo diplomático" (*EM*, 3-4 y 6), "Mitote, revolucionario" (*EM*, 7 y 9) y "La mueca verde" (*EM*, 10). Como se verá por el cuadro que presentamos, la distribución de estos capítulos no corresponde a la ordenación posterior:

"El jueguito de la rana" (10 capitulillos)	{	1-7 = 1ª parte, libro I, "Icono del tirano", 1-8; 8-10 = 1ª parte, lib. III, "El juego de la ranita" (8-9 = 1-4; 10 = 6).
"El hon. cuerpo dipl." (7 capitulillos)	{	1-2 = 1ª parte, lib. II, "El ministro de España", 1-5; 3-4 = 6ª parte, lib. III, "La nota", 1-4; 5-7 = 7ª parte, lib. II, "La terraza del Club", 1-3.
"Mitote, revolucionario" (8 capitulillos)	{	1-5 = 2ª parte, lib. I, "Cuarzos ibéricos" (1 = 2; 2 = 4; 3 = 5-6; 4 [parte] = 7; 5 = 3); 4 [parte] y 6-8 = 2ª parte, lib. II, "El circo Harris" (parte del 4 refundido = 1ª; 6 = 2-3; 7-8 = 4-5).

⁴ *El Estudiante*, núms. 8-13 (Salamanca, junio-julio de 1925); *ibid.*, segunda época, núms. 1-4, 6-7 y 9-10 (Madrid, diciembre de 1925, enero-febrero de 1926). Las copias utilizadas provienen de los ejemplares existentes en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca y de los números que me proporcionó don Manuel García Blanco. Citaré la revista con la abreviatura *ES* cuando se trate de la publicación salmantina y *EM* cuando me refiera a la madrileña, indicando además el número y la página correspondientes a cada caso.

⁵ *La novela de hoy*, núm. 225 (Madrid, 3 de septiembre de 1926). Citaré *Zac.*

⁶ *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente (Opera omnia, t. 16)*, Madrid, 15 de diciembre de 1926. Citaré *TB*, 1926.

⁷ *Tirano Banderas, etc. (Opera omnia, t. 16)*, Madrid, 10 de diciembre de 1927. Citaré *TB*, 1927. Cuando cite conjuntamente las dos ediciones sólo indicaré *TB*.

⁸ La cúpula, de lona morena y diáfana, sobresalía entre los cocoteros del El Circo Harris, entre ramajes y focos voltaicos abría su parasol de lona

"La mueca verde"
(6 capitulillos) { 1-6 = 2ª parte, lib. III, "La oreja del zorro", 1-8. (El subtítulo "La mueca verde" pasa a designar la 7ª parte).

La nueva arquitectura no es arbitraria. Al presentar los hechos según la ordenación de los capítulos sueltos, los acontecimientos se sucedían en forma demasiado mecánica. El desplazamiento posterior está determinado por la voluntad de sorprenderlos como enfocados inesperadamente por el movimiento cambiante y rápido de una cámara cinematográfica. Son hechos que ocurren de manera más o menos simultánea en diferentes lugares, y quizá a esto se refería Valle-Inclán cuando afirmaba: "Ahora, en algo que estoy escribiendo, esta idea de llenar el tiempo como llenaba el Greco el espacio, totalmente, me preocupa" ("Autocrítica", en *España*, Madrid, 8 de marzo de 1924, p. 6). Para el breve lapso de tres días que abarca la obra, el número de acontecimientos no puede ser mayor, y la agilidad y soltura del relato está en el movimiento desordenado sólo en apariencia, pero que expresa con exactitud la vida turbulenta y oscura de Santa Fe de Tierra Firme.

Si Valle-Inclán se hubiera limitado a repetir en el libro lo dicho en los capítulos, hubieran quedado algunas situaciones inconexas o contradictorias. Para evitarlo, se vió en la necesidad de introducir eslabones explicativos. El capitulillo 5 de "El juego de la ranita" (*TB*, pp. 56-58) es un ejemplo de ello. Nos anticipa las intenciones malévolas del tirano que cuajarán durante el acto político en el Circo Harris, y amplía su carácter al mostrarnos la doblez que le permite obligar a don Celes a una entrevista con el ministro de España mientras prosigue las averiguaciones con que intenta detener la actuación del cuerpo diplomático extranjero. Pero el eslabón exacto entre este libro y el tercero de la segunda parte está en un pasaje del diálogo (*TB*, p. 58):

- ¿Ha proseguido las averiguaciones referentes al relajó y viciosas costumbres del Honorable Cuerpo Diplomático?
- Y hemos hecho algún descubrimiento sensacional.
- En el despacho de esta noche tendrá a bien enterarme.

Parque. Frente a la puerta, ancha y luminosa, dos hileras de gendarmes con cascos y carrilleras, desenvolvían dos carretes de luces metálicas. Los lacios bigotes, las mandíbulas cuadradas de perros de presa, ostentaban la fiereza de carátulas chinas (*EM*, 7, p. 7).

morena y diáfana. Parejas de gendarmes decoraban con rítmicos paseos las iluminadas puertas, y los lacios bigotes, y las mandíbulas encuadradas por carrilleras, tenían el espavento de carátulas chinas. Grupos populares se estacionaban con rumorosa impaciencia por las avenidas del Parque (*TB*, p. 77).

La segunda versión resulta más significativa tanto por el traslado a un lugar más eficaz como por las modificaciones que experimenta y que le dan mayor valor descriptivo.

Este pasaje nos lleva directamente al que transcribimos (*TB*, p. 87):

... ¿Y qué tenemos del Honorable Cuerpo Diplomático? ¿Recuerda el asunto que le tengo platicado, referente al Señor Ministro de España? Muy conviene [*sic*] que nos aseguremos con prendas.

—Esta misma tarde se ha realizado algún trabajo.

—Obró diligente, y le felicito. Expóngame la situación.

De este modo las primeras referencias a las investigaciones no sólo quedan aclaradas y el relato continúa flúidamente, sino que la postergación de las explicaciones permite que éstas se expongan luego en sucesión dramática intensa, primero ante el tirano, que las escucha en forma de parte policíaco, luego ante don Celes, pero ya no detalladamente sino sólo como rápidas alusiones para amilanarlo y obligarlo a entrevistarse una vez más con el ministro de su país (*TB*, p. 95).

El traslado de los capitulillos 2 y 5 de "Mitote, revolucionario" —es decir que sólo después de la violenta intervención de los residentes españoles se inicia el diálogo entre don Celes, Teodosio del Araco y Mr. Contum— determina la aparición de un breve párrafo de enlace, que encabeza el capitulillo 4 (*TB*, p. 66): "Bajo la protección de los gendarmes, la gachupia baladrona se repartió por las mesas de la terraza. —Desafíos, jactancias, palmas". Con él se mantiene la nota de agitación del capitulillo 3 (pp. 64-65), acentuada por los tres miembros de la última frase, de fuerte intención impresionista.

El diálogo de "La mueca verde" (*EM*, 10, p. 4) nos informa acerca de las pesquisas indicadas en el párrafo anterior, y se recoge con algunas modificaciones en la novela (*TB*, pp. 87-89). Pero en el capítulo suelto se nos dice, además:

... ¿Qué noticias tiene usted referentes a la reunión del Cuerpo Diplomático? Sentiría que se comprometiese demasiado al Señor Ministro de España. ¿Usted no tuvo modo de ponerle la mosca en la oreja?

—Mirando a ello he corrido órdenes para dejar en libertad a una vieja alcahueta que nos quiso impedir el registro.

—No debió hacerse la detención.

—Exceso de celo de parte de los gendarmes. Apenas me llegó la noticia, he procedido para que la vieja fuese libertada.

Tirano Banderas movió la cabeza.

Al desplazar la reunión diplomática de su posición original al libro tercero de la sexta parte, la referencia a ella resultaba ociosa y fué eliminada conjuntamente con el pasaje que aludía a la vieja y que hubiera explicado la presencia de la mujer que hace señas y llama por su nombre al Barón al entrar en la Legación inglesa. Esta se-

gunda eliminación se debió, quizá, a que Valle pensó que dos arrestos eran excesivos, y dejó por cuenta de Curro Mi-Alma la tarea de advertir al ministro. La segunda redacción fué la siguiente (*TB*, p. 90):

... ¿Qué noticias tiene usted referentes a la reunión del Cuerpo Diplomático?

—*Que fué aplazada.*

—Sentiría que se comprometiese demasiado el Señor Ministro de España.

—*Ya rectificará, cuando el pollo le ponga al corriente.*

Tirano Banderas movió la cabeza, *asintiendo.*

La eliminación de un pasaje innecesario y pesado, la fragmentación rápida del diálogo en que aparecen bien destacadas las dos oraciones de enlace, intensifican el conjunto. Podría objetarse que si bien la referencia a la mujer desaparece en la refundición, su figura permanece en actitud de advertencia y llamado en "La Nota" (*TB*, pp. 306-307), donde ya no era necesaria. Pero esa figura, cuya intención era evidente en la primera versión, adquiere, en su aparente falta de conexión con el relato, un valor extraño y misterioso. Su presencia puede resultar del desquiciamiento mental del ministro, que se encuentra bajo los efectos de una droga, y también puede ser un conato de aviso relacionado con quién sabe cuál de los hilos tramados en la compleja Tierra Firme. Además, para acentuar el tono de semipe-sadilla en que se debate el pensamiento del ministro, Valle-Inclán echa mano de un recurso sencillo. Cuando en la revista Benicarlés cree ver a la mujer, se nos dice (*EM*, 4, p. 6) :

El Barón, al apearse, distinguió vagamente a una mujer con rebocillo: Abría la tenaza de los brazos. *Acaso* le requería. Se borró la imagen. *Acaso* la vieja luchaba por llegar al coche... Un momento creyó que le llamaban, indudablemente le llamaban... El Barón de Benicarlés respondía... distraído, alejado el pensamiento. La vieja, los brazos como tenazas bajo el rebocillo, iniciaba su imagen. Pasó también perdido bajo el recuerdo, el eco de su propio nombre, la voz que le llamaba.

En la novela, Valle-Inclán repite una vez más ese *acaso*, cambiando el final del párrafo citado: "Pasó también perdido bajo el recuerdo el eco de su propio nombre, la voz que *acaso* le llamaba" (*TB*, p. 307).

El capitulillo 7 de "El jueguito de la rana" (*ES*, 11, pp. 6-7; *EM*, 2, p. 4) se inicia de la siguiente manera:

—Era Diego Pernaless⁹
De buena generación

⁹ *Sic* en *ES* y *EM*; pero en *TB* se lee *Pedernales*. La primera forma era el apodo de un bandolero español de la segunda mitad del siglo XIX, muerto a

Pero las obligaciones
De su sangre no siguió.

El canto, acompañado de un guitarrín, desgarraba el calino silencio.

Y se cierra en forma muy parecida, aunque invirtiendo el orden *copla* → *ciego* por el de *ciego* → *copla*, como recuadrando el conjunto en un marco de color popular. Pero en *Tirano Banderas* (pp. 36-37) el capitulillo se subdivide, y tanto la copla inicial como el breve trazo descriptivo que le seguía desaparecen. De haber permanecido hubiéramos tenido en el libro dos pasajes de arquitectura simétrica: la copla y la figura del ciego al principio y al final; la figura de Santos Banderas, que se mostraba inmediatamente después de la del ciego en el comienzo, y que, con la subdivisión, iniciaba a su vez el nuevo capitulillo 8. Recordemos la actitud del tirano en ambos pasajes: "Tirano Banderas, sumido en el hueco de la ventana, tenía siempre el prestigio de un pájaro nocharniego" (*TB*, p. 36); "Tirano Banderas, agaritado en la ventana, inmóvil y distante, acrecentaba su prestigio de pájaro sagrado" (p. 37). Sin duda el recuadro formado por la copla y la figura del ciego se sentía muy débil tan cerca del segundo, vigoroso e intencionado, y éste, a su vez, perdía intensidad por el peso muerto de aquél. Valle-Inclán suprimió lo que no agregaba nada y resultaba molesto, y sólo dejó lo que convenía: la figura obsesionante del tirano al comienzo de los capitulillos, y, como nota de color, el ciego y la copla al cerrarse el libro.

En "Cuarzos ibéricos" (*TB*, 2ª parte, lib. I) encontramos algunos párrafos que no figuraban en "Mitote, revolucionario" y que se relacionan estrechamente con la reestructuración general. Quizá porque la versión original comenzaba en forma un poco brusca e inesperada y la alusión al Casino Español, frente al cual se agolpa la multitud irritada, quedaba sin relieve, Valle-Inclán prefirió introducir un brevísimo capitulillo inicial que situaba con dos rasgos fuertes el lugar que le interesaba y, de manera indirecta, al personaje significativo: "Amarillos y rojos mal entonados, colgaban los balcones del Casino Español. En el filo luminoso de la terraza, petulante y tilingo, era el quitrí de don Celes" (*TB*, p. 63). El primitivo capitulillo 2 (*EM*, 7, p. 7) terminaba con la mueca caricaturesca de Mr. Contum. La versión definitiva se cierra con la gritería popular que ataca con rencorosa simultaneidad a los dos extranjeros más odiados y temidos, como si la plebe vocinglera hubiera escuchado los comentarios de aquéllos y expresara a voz en cuello su desacuerdo y su rechazo (*TB*, p. 70):

manos de la justicia. La irregularidad métrica (el verso sólo tenía siete sílabas) sorprendía el oído y detenía la atención sobre el nombre. Más tarde, quizá por razones acústicas, Valle-Inclán prefirió regularizar el verso, abandonando la evocación de la pintoresca figura.

... Y la pelazón de indios seguía gritando en torno de las farolas que anunciaban el mitin:

—¡Muera el Tío Sam!

—¡Mueran los gachupines!

—¡Muera el gringo chingado!

Este dramático agregado redondea el final del capítulo. En otro momento, don Celes y Díaz de Rivero conversan acerca de la situación política. El diálogo pecaba, en la revista, de seco y poco claro (*EM*, 7, p. 7):

—Pero, siéntese usted, Don Teles...

—¡Ojalá no tengamos que lamentar esta noche alguna grave alteración del orden! En estas propagandas revolucionarias, las pasiones se desbordan.

—Si ocurriese algún desbordamiento de la plebe, yo haría responsable a Don Roque Cepeda. ¿Ha visto usted ese loco lindo? No le vendría mal una temporada en Santa Mónica.

—Pudiera ser que ya le tuviesen armada la ratonera...

Valle-Inclán introdujo dos pasajes que describen teatralmente los ademanes de ambos personajes y señalan con nitidez los parlamentos (*TB*, pp. 71-72):

... Pero siéntese usted, Don Celes... ¡Ojalá no tengamos que lamentar esta noche alguna grave alteración del orden! En estas propagandas revolucionarias, las pasiones se desbordan...

Don Celes arrastró una mecedora, y se apoltronó, siempre abanicándose con el panameño:

—Si ocurriese algún desbordamiento de la plebe, yo haría responsable a Don Roque Cepeda. ¿Ha visto usted ese loco lindo? No le vendría mal una temporada en Santa Mónica.

El Director de "El Criterio Español" se inclinó, confidencial, apagando la procelosa voz, cubriéndola con un gran gesto arcano:

—Pudiera ser que ya le tuvieran armada la ratonera.

Zacarias el Cruzado o Agüero nigromante anticipó en forma de novela corta la cuarta parte de *Tirano Banderas* ("Amuleto nigromante", pp. 143-224). También en este caso hay diferencias estructurales. La división general coincide en ambos textos, salvo en lo que se refiere a algunos títulos¹⁰ y a la subdivisión en capitulillos, pero no son éstos los cambios más importantes.

En "El honorable cuerpo diplomático" (*EM*, 4, p. 6), la descripción del ambiente que va atravesando el ministro de España hasta llegar frente a la Legación inglesa termina con la siguiente visión:

¹⁰ El libro tercero deja de llamarse "El Coronel de la Gándara" (*Zac*, p. 28) y toma el nombre, estilísticamente más valioso, de "El Coronelito" (*TB*, p. 173). Lo mismo ocurre con el libro quinto en que "Filomeno Cuevas" (*Zac*, p. 39) es reemplazado con intención equivalente por "El rancho" (*TB*, p. 191).

“Ondulaba bajo los faroles de colores la plebe cobriza, abierta en regueros, remansada en parajes luminosos frente a bochinches y pulperías. Las figuras se unificaban en una síntesis expresiva y monótona, enervadas en la crueldad cromática de las baratijas fulleras. Los bailes, las músicas, las cuerdas de farolillos, tenían una exasperación absurda, un enrabiamiento perezoso y lánguido”. El pasaje vuelve a aparecer en *Zacarías el Cruzado*, en un capítulo donde resalta con todo su valor descriptivo, acentuado aún por las modificaciones, y este contexto es el sombrío recorrido del indio desde la feria de caballos hasta el *empeñito* de don Quintín. Para lograr todo su efecto, Valle-Inclán remodela el final convirtiéndolo en un reflejo mental del dolor que apretuja las sienes de Zacarías: “. . . Los bailes, las músicas, las cuerdas de farolillos, tenían una exasperación absurda, un enrabiamiento *de quimera alucinante*” (p. 55). La versión definitiva mantiene la nueva situación del fragmento (*TB*, p. 212) y el enérgico final, que cierra vigorosamente la progresión ascendente.

Todo el capitulillo inicial del libro quinto de *Zacarías* (pp. 39-40) se convierte, en *Tirano Banderas*, en los capitulillos 3 y 4 de “El Coronelito” (pp. 180-182). Como en el caso anterior, tampoco llega al libro en su primera forma, ya que Valle-Inclán, siempre atento a la expresividad de las palabras, introduce algunas variantes enriquecedoras. Pero también gran valorador del silencio, Valle logra intensificarlo modificando una subdivisión y transplantando una frase. En el folleto leíamos: “Y quedó [Zacarías] con el pincelillo suspenso en el aire, porque era sobre la puerta del jacal el Coronelito Domiciano de la Gándara”. Aquí se corta el relato con la indicación de un nuevo capitulillo, y luego se continúa de este modo: “Un dedo en los labios. El cholo, con leve carrerilla de pies descalzos, se junta al Coronelito” (*Zac*, p. 10). Pero en el libro, donde además se había introducido otra pausa oportuna¹¹, encontramos que se modifica la situación de la frase “Un dedo en los labios”, que pasa de inicial de capitulillo a final del inmediato anterior (*TB*, p. 147). El cambio resulta eficaz pues acrecienta la actitud de la silenciosa figura, y con él comienza el asombro que inmoviliza al indio; la pausa indicada por la numeración del capitulillo ahonda aún esa impresión en el lector y después de ella, como una reacción perfectamente calculada, *Zacarías* comienza a acercarse.

La confrontación del folleto y el libro sólo nos muestra un agregado que sirve de nexo. En el primero encontrábamos que: “Filomeno Cuevas, con recalmas y chanzas, escribía un listín de los reu-

¹¹ En el folleto, el capitulillo 2 del libro primero comenzaba con la presentación del indio y continuaba hasta la aparición repentina de Domiciano (*Zac*, pp. 7-10). En la novela se subdivide y forma los capitulillos 2 y 3, interrumpiendo con el corte la sombría meditación del alfarero; el relato se retoma con la intervención de la mujer de Zacarías (*TB*, pp. 145-147).

nidos y se proclamaba partidario de echarse al campo sin demorarlo" (*Zac*, p. 41); en el segundo, en cambio, penetramos en sus proyectos: "... se proclamaba partidario de echarse al campo sin demorarlo. *Secretamente, ya tenía determinado para aquella noche armar a sus peones con los fusiles ocultos en el manigual, pero disimulaba el propósito con astuta cautela*" (*TB*, pp. 191-192). Si cotejamos este breve fragmento con las palabras iniciales del prólogo (*TB*, p. 9), comprendemos por qué lo introdujo Valle: nexo entre dos capítulos alejados, es también elemento que subraya, por una parte, el conato de voluntad y, por otro, la voluntad realizada¹².

En diversas ocasiones una nueva dirección del pensamiento, un cambio de concepción, determina variantes relacionadas con la estructura general.

Mientras en la revista la hija del tirano es un monstruo: "Aquella pelona encamisada era la hija de Tirano Banderas. *Fofa, amarilla, zaina, casi vieja*, con la expresión inmóvil, sellaba un enigma cruel su máscara de ídolo" (*EM*, 10, p. 6), en el libro recobra algunos de los rasgos que le atribuía la *Relación verdadera*¹³: "... *Joven, lozana, de pulido bronce, casi una niña...*" (*TB*, p. 103). Resultan así más patéticos el personaje, la situación y el desenlace. La figura hermosa, pero mentalmente ciega, adquiere todo el relieve de un personaje trágico por el contraste entre su belleza y su locura. Además, el cam-

¹² Interesante es también el cotejo del comienzo del libro primero de *Zacarias* (p. 7) con el capitulillo inicial de la cuarta parte de *Tirano Banderas* (p. 145):

El Coronelito Domiciano de la Gándara, héroe de farras y bochinchas, con oscuros orígenes de cabecilla cuatrero, un día, por malas voluntades o delaciones ciertas, se hizo sospechoso de conspirador y cayó en desgracia con su compadre el presidente de la República, Generalito Banderas. Otro compadre le dió el santo, anduvo ligero y pudo escapar por una ventana cuando iban a prenderle en casa de su manceba. En aquel trance se acordó de un indio a quien tenía obligado con antiguos favores. Por Arquillo de Madres, retardando el paso para no mover sospecha, salió al Campo del Perulero el Coronel de la Gándara.

El Coronelito Domiciano de la Gándara, en aquel trance, se acordó de un indio a quien tenía obligado con antiguos favores. Por Arquillo de Madres, retardando el paso para no mover sospecha, salió al Campo del Perulero.

Como se ve, las diferencias son grandes pero de explicación fácil. En el primer caso se trataba de presentar con cierta independencia una novela corta; en el segundo, ya no se necesitaban los antecedentes de la acción y sólo había que encadenar los hechos de un libro con los de otro.

¹³ "... una sola hija que traía en el campo, mestiza, y muy hermosa, y que se miraba en ella" (FRANCISCO VÁZQUEZ (?), *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado*, *NBAE*, t. 15, según el ms. J. 136, p. 481a, nota 1). Cf. mi trabajo "Acerca de dos fuentes de *Tirano Banderas*", *NRFH*, 7 (1953), 536-550.

bio mejora rítmicamente el fragmento. La enumeración abierta de la primera versión cojeaba con pesadez, acaso intencional. En la segunda, el movimiento es perfecto.

Si en los capítulos sueltos Nacho Veguillas acumula, probablemente por descuido, la doble calidad de *rapa-barbas* y *doctorcito*¹⁴, ya en el libro sólo se nos presenta como *Licenciado* (*TB*, pp. 98, 101). El haberle atribuído la posición de barbero de Santos Banderas se debió quizá a que Valle-Inclán escribía al mismo tiempo su *Novela de Tierra Caliente* y el primer volumen de *El Ruedo Ibérico*¹⁵. En *La corte de los milagros* sorprendemos un pasaje explicativo (*Opera omnia*, t. 21, Madrid, 1928, pp. 14-15):

—¡Ay, hija! ¿Y quién es ese personaje?

—Paco *Veguillas*, el barbero de Su Majestad el Rey Don Francisco...

...La Reina de España, un momento quedó suspensa, hilvando recuerdos de *tantas intrigas, donde había mediado muy principalmente aquel ilustre personaje, uno de los que más valimiento alcanzaban en la Camarilla* de Nuestro Señor Don Francisco. —Cuando se celebraron las bodas reales, había entrado en Palacio con la servidumbre ultramontana del Augusto Consorte, y, desde entonces, *pesaba su consejo en los negocios de Estado*.

Es posible que al principio Valle-Inclán pensara en la figura de Paco Veguillas y quisiera colocar un intrigante del mismo apellido junto al sombrío Tigre de Zamalpoa. Pero el carácter con que iba presentando a Nachito lo hizo alejarse de su primera intención y prefirió desdoblarse el personaje aprovechando la sugerencia de la *Relación verdadera* (p. 473ab): “¡Oh, profeta Antoñico, que me profetizastes la verdad, que si yo a ti te hubiera creído, no se me hubieran huído estos marañones! Y esto decía por un muchacho llamado Antoñico, que servía al dicho tirano... y el muchacho le decía muchas veces que no se fiase en los marañones...” De este modo Nacho Veguillas conservó el apellido del barbero del rey consorte y el Antoñico de la crónica se transformó en el siniestro Don Cruz de *Tirano Banderas*¹⁶.

¹⁴ “Nacho Veguillas, el rapa-barbas, sesga la boca y saca los ojos remedando el canto de las ranas” (*EM*, 10, p. 5); “El Doctorcito Nacho Veguillas, finchándose en el pando compás de las zancas...” (*ibid.*, p. 6).

¹⁵ “—¿Qué labor prepara? —Dos novelas... Una sobre América, con vocabulario y modismos americanos; con una sensación física de calor, de color y de aroma; se titulará *Tirano Banderas*. La acción se desarrolla en una imaginaria República americana. Otra, primera de la serie que título *El ruedo ibérico*, se llama *La corte isabelina* [después *La corte de los milagros*]...” (MARIANO TORNAR, “A manera de prólogo. Hablando con Valle-Inclán”, en *Zac*, p. 5).

¹⁶ *TB*, pp. 359, 361. A los ejemplos citados habría que agregar otro. Por boca del ministro de España nos enteramos de que a don Teles “Castelar le había hecho creer, que cuando gobernase lo llamaría para Ministro de Hacienda... ¡Qué idea la de Castelar!...” (*EM*, 4, p. 6). Es posible que aun en la

De todo lo expuesto resulta que si bien la *idea eje* era neta y clara desde el comienzo, Valle realizó cambios importantes al publicar la obra en libro: pero no volvió a modificar la estructura en la edición de 1927.

CAMBIO, SUPRESIÓN Y ADICIÓN DE PALABRAS

Estas variantes son quizá las que más abundan, y las causas a que obedecen son de distinto tipo. La mayoría de los cambios sólo buscan una palabra más exacta, más efectista o más sonora: "La Niña ranchera, *iluminada* con los inciensos del misacantano..." (*Zac*, p. 39; *TB*, 1926, p. 180); cf.: "*aromada por...*" (*TB*, 1927, p. 180). "Por los *llanos* caminos de tierra roja ondulaban recuas de llamas..." (*Zac*, p. 54); cf.: "Por los *crepusculares* caminos de tierra roja..." (*TB*, p. 210). "Tengo sobre los pasos una punta de *esbirros*" (*Zac*, p. 10); cf.: "...una punta de *cabrones*" (*TB*, p. 148). Otros cambios intentan corregir imperfecciones evidentes, como repeticiones: "Su jactancia, *cerril* y patriótica..." (*EM*, 3, p. 5); cf.: "Su jactancia *ilusa* y patriótica..." (*TB*, p. 40). El cambio se debe a que muy cerca está "potros *cerriles* rebotando las ancas". Otro ejemplo: "El Doctor Carlos Esparza, *rubio*, miope, elegante, se incrustaba en la órbita el monóculo de concha *rubia*" (*EM*, 6, p. 7; *TB*, 1926, p. 239); cf.: "El Doctor Carlos Esparza, *calvo*,..." (*TB*, 1927, p. 239). Valle elimina también algunas consonancias distintas del grupo dual tan común en su prosa: "El *impulso* de imponerle un parche en las vergüenzas le inundó, generoso, calde, con el *pulso* entusiasta de la onda sanguínea en los brindis y aniversarios nacionales" (*TB*, 1926, p. 293); cf.: "...con el *latido*..." (*TB*, 1927, p. 293).

A veces el reemplazo de una palabra por otra señala la voluntad de ceñirse a un patrón estilístico previo. Zacarías (p. 52) "cargó el saco y *se fué* despacio", pero en el libro (p. 207) "*se caminó*", pues Valle emplea intencionadamente este verbo en determinadas circunstancias¹⁷. Más interesantes son otros ejemplos. Mientras en la revista "Tirano Banderas... era siempre el garabato de un *mochuelo*" (*ES*,

revista Valle-Inclán pensara atribuirle la broma al Barón, olvidando que no había dicho nada en el capítulo anterior. Sea como fuere, al revisar los capítulos publicados, debió de encontrar feliz la idea pues la desarrolló, aunque de otra manera. En el libro el mismo Benicarlés hace creer a don Celes en la posibilidad de un llamado de Emilio Castelar (*TB*, pp. 290-291), para reírse luego con el recuerdo de su ocurrencia, expresada casi con las mismas palabras de la revista (*TB*, p. 302).

¹⁷ Todos los ejemplos que encontramos en *Tirano Banderas* corresponden a la cuarta parte, "Amuleto nigromante", y, por lo general, o están en boca de personajes populares, o, en las partes narrativas, se refieren a ellos. En obras anteriores —*Sonata de estío*, *Águila de blasón*, *Romance de lobos*, *El resplandor de la hoguera*, *El embrujado*, *Divinas palabras*, *Luces de bohemia*— ocurre algo semejante.

8, p. 3; *EM*, 1, p. 6), en las dos ediciones del libro es un *lechuzo* (*TB*, p. 22), palabra por la que Valle muestra preferencia¹⁸ al darnos en el esperpento su visión del hombre animalizado, expresada a menudo de diversas y nuevas maneras en la *Novela de Tierra Caliente*¹⁹. El ministro de España, que en los capítulos sueltos, “estirando la *pierna* con leve cojera, volvió a la consola” (*EM*, 4, p. 6), repite sus movimientos en *Tirano Banderas* (p. 301), pero “estirando la *zanca*”, lo que acentúa otro aspecto de la esperpentización al degradar verbalmente el cuerpo humano²⁰.

Otros cambios apuntan con ironía a los repliegues espirituales de los personajes. Doña Lupita, que en la revista llamaba *Mi jefecito* al tirano (*ES*, 13, p. 6; *EM*, 2, p. 5), elige el tratamiento de *Mi generalito* en las dos ediciones del libro (*TB*, p. 53). Con ello se marca una gradación en la obsecuencia de la india, pues al precisar la categoría destaca a Santos Banderas entre el séquito que lo acompaña. Más valiosas son dos modificaciones que aparecen en boca del “orondo gachupín”. En el primer caso, la adulación del personaje se manifestaba con relativo relieve: “Cacareó Don Teles: —Los hombres providenciales no pueden ser sustituidos” (*ES*, 9, p. 7; *EM*, 1, p. 7), pero en el libro se cambia el verbo, y el fatuo elogio se amplía de manera especial: “¡Los hombres providenciales no pueden ser reemplazados, sino por hombres providenciales!” (*TB*, p. 28). La repetición vuelve más sonora la adulación, subrayando al mismo tiempo toda la pedantería y toda la estupidez del Ilustre Gachupín. En el segundo caso, el cambio atiende también a destacar los rimbombantes elogios de don Celes, quien deja de llamar *Maestro* al tirano (*ES*, 11, p. 6; *EM*, 2, p. 4) para llamarlo “¡Profesor de energía, como dicen en nuestro Diario!” (*TB*, p. 35). La verdadera fuerza de la expresión está en el contexto y en el trasfondo, pues evoca unos versos de Darío²¹, cuya fina ironía alude a otra forma arbitraria de dominación.

Si el lenguaje de don Celes nos permite observar su preferencia

¹⁸ Como observa PEDRO SALINAS, Valle lo usa en *Los cuernos de Don Friolera* referido a doña Tadea (“Significación del esperpento o Valle-Inclán, hijo pródigo del 98”, *CuA*, 6, 1947, núm. 2, p. 236, y en *Literatura española, siglo xx*, México, 1949, pp. 105-106). Obsérvese que tanto Santos Banderas como doña Tadea tienen actitudes semejantes, ambos vigilan en la misma posición. Ya hemos visto y estudiado las de don Santos, veamos ahora las de la beata: “Doña Tadea, usted está siempre como una lechuza en la ventana de su guardilla, usted sabe quién entra y sale en cada casa...” (*Los cuernos de Don Friolera, Opera omnia*, t. 17, Madrid, 1925, p. 85).

¹⁹ *TB*, pp. 28, 37, 51, 63, 85, 86 y *passim*. Sobre el origen y evolución de este aspecto del esperpento puede verse mi artículo “Génesis del esperpento”, *BAL*, 1953, núm. 10, pp. 5-13.

²⁰ La palabra *zancajo* ya la había usado Valle en *Farsa y licencia de la Reina Castiza*, Madrid, 1922, pp. 108 y 113.

²¹ “Eres un profesor de Energía, / como dicen los locos de hoy”. (“A Roosevelt”, en *Cantos de vida y esperanza*).

por la retórica de periódico, algo parecido ocurre con el ministro del Japón, en cuyos labios la pone Valle para señalar sus dificultades en el manejo de un idioma extraño. Así, "*cierta prensa*" (EM, 6, p. 8) se convierte en "*ciertos rotativos*" (TB, p. 335)²².

A veces el cambio consiste en reemplazar palabras del español general por regionalismos americanos, con lo que se acentúa el color, la intensidad o la intención del pasaje: "Se produjo súbito tumulto. Marejada. Repelones. Gritos y brazos por alto. Los gendarmes sacaban a un *borracho* con la cabeza abierta de un garrotazo" (EM, 9, p. 6); cf.: "Los gendarmes sacaban a un *cholo*..." (TB, p. 79). "—Ese cuerpo es el de mi chamaco... ¡Me lo han dejado solo para que se lo comiesen los *cerdos!*" (Zac, p. 58); cf.: "... para que se lo comiesen los *chanchos!*" (TB, p. 217). "La *Virgencita* me valga!" (Zac, p. 22); cf.: "¡La *Guadalupita* me valga!" (TB, p. 156). (En este último ejemplo, aunque la palabra no es vocablo americano, al señalar un culto preponderante en México, logra un efecto parecido al de los anteriores). Algunas veces un americanismo deja lugar a otro que Valle-Inclán considera más expresivo o más adecuado: "Usted se busca que venga con reclamaciones mi *roto*" (Zac, p. 22); cf.: "... mi *gallo*" (TB, p. 162). "—Podés catear todos los rincones. Se ha mudado ese *guarango*..." (Zac, p. 37); cf.: "...ese *atorrante*" (TB, p. 188). En un caso, sin embargo, se reemplaza el americanismo por una palabra del español general: "Cambió una mirada con el marido la Niña ranchera: —¿Y ese *macaneador?*" (Zac, p. 39); cf.: "¿Y ese *apóstol?*" (TB, p. 181). Aunque la primera expresión convenía al carácter de Domiciano, la segunda señala más eficazmente su falsa pretensión de representar el papel de mártir y redentor de la patria, y subraya irónicamente el contraste entre pretensión y aspecto, pues Domiciano duerme su borrachera sin preocupaciones.

De la revista y el folleto al libro suelen cambiar algunos nombres propios. No podemos precisar por qué el embajador de Alemania deja de ser *von Bronweg* (EM, 4, p. 7) para llamarse *von Estrug* (TB, p. 312), y la misma duda nos deja que *Iñigo Araco* (EM, 7, p. 6) se

²² En torno a la misma figura encontramos otra variante:

—¡En el Japón, las noches deben ser admirables!

—¡Oh!... ¡Ciertamente! ¡Y esta noche tiene algo de japonesa! (EM, 6, p. 7).

—¡Oh!... ¡Ciertamente! ¡Y esta noche no está falta de cachet japonés! (TB, p. 333).

La expresión desabrida de la primera versión se enriquece torpemente en la segunda y nos muestra el habla dificultosa y afectada de un hombre que a fuerza de manejar varias lenguas termina por hablar según moldes limitados y poco elegantes. Quizá podría tenerse en cuenta lo que se dice renglones antes acerca de la "cháchara francesa" entre los tres diplomáticos. Pero sólo Tu-Lag-Thi tiene rigidez de cliché; los otros dos hablan con soltura ya que no con naturalidad.

transforme en *Teodosio del Araco* (TB, p. 66)²³. Si podemos explicarnos, en cambio, que *El Criterio Latino* (EM, 7, p. 7), periódico de la colonia hispana, cambie su nombre por el de *El Criterio Español* (TB, p. 70). La sustitución de un adjetivo por otro acentúa el espíritu de campanario con que Valle-Inclán caracteriza empeñosamente a sus compatriotas. Otro cambio interesante es el que convierte a don *Telesforo* Galindo en don *Celestino*. Tanto en *El Estudiante* como en *Zacarías el Cruzado* el personaje se llama don Telesforo o don Teles. En la primera edición, donde ya se lo llama don Celestino o don Celes, queda todavía un rastro del nombre primitivo (TB, 1926, p. 328), que desaparece en la segunda. Es probable que en un principio Valle-Inclán quisiera aludir a Telesforo García; es posible también que tuviera razón Henríquez Ureña cuando veía un error fingido en el único Telesforo de la edición de 1926²⁴. Pero, ¿por qué se borra luego toda huella identificadora? Yo me inclinaría a suponer que al llegar al libro Valle-Inclán había decidido suprimir la alusión, de modo que la sola vez que allí quedó fué por error u olvido, puesto que después la quitó definitivamente²⁵.

Muchos giros se reducen en el libro a una sola palabra. Las perífrasis rechazadas por Valle-Inclán son siempre menos fuertes que el término en que luego las concentra. Leemos en la revista: "Resplandecía como búdico vientre, *la gran cebolla* de su calva" (ES, 10, pp. 6-7; EM, 2, p. 4); en el libro, *la gran cebolla* se convierte en *cebollón* (TB, p. 31), que resulta más enérgico y pintoresco. Lo mismo ocurre con otros ejemplos: "Zacarías *hizo ademán* a la mujer para que se allegase" (Zac, p. 10); cf.: "... *aseñó* ..." (TB, p. 148). "—Los libros *pondrán en claro* a qué nombre estuvo otras veces pignorada" (Zac, p. 15); cf.: "—Los libros *dirán* ..." (TB, p. 155). En este ejemplo parece que se aúna a la intención de síntesis el deseo de evitar una repetición molesta, porque a las pocas líneas se lee que don Quintín "se *puso*" a hojear un cartapacio (Zac, p. 15; TB, p. 155).

²³ El cambio se mantiene a lo largo de todo el libro.

²⁴ "Hay, sí, reminiscencias francas, y hasta errores fingidos, como llamarle de pronto Don Telesforo al personaje que en la novela se llama Don Celestino: transparente alusión a Telesforo García, español distinguido, por la cultura intelectual y por la actividad práctica, que residió largos años en México" (PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, "Don Ramón del Valle-Inclán", *Nac*, 26 de enero de 1936).

²⁵ A veces los cambios suelen ser de partículas, pero hasta estas modificaciones mínimas suelen tener interés: "Era el que tan castizo apostillaba, un viñatero montañés, chaparro y negrote, con el pelo en erizo, y el cuello de toro desbordante sobre la tirilla de celuloide. *Su voz fachendosa*, tenía la brutalidad intempestiva de una claqué de teatro" (ES, 9, pp. 6-7; EM, 1, p. 6); cf.: "... *la voz fachendosa* ..." (TB, p. 27). "Apartábase las plebes *al* temor de ser atropelladas ..." (TB, 1926, p. 276); cf.: "*con el* temor ..." (TB, 1927, p. 276). "Desamparar a la chola rabona, falsificar el designio que formulé al darle la mano, se llama *sumirme, fregarme*" (EM, 10, p. 5); cf.: "... se llama *sumirse, fregarse*" (TB, p. 97).

Con una supresión Valle-Inclán elimina palabras vacías de sentido y deja la oración más ceñida. Descorazonado y nervioso dice Larrañaga a su colega: "—¡Quién tuviera una pluma independiente! El patrón quiere *que se haga* una crítica despiadada . . ." (*EM*, 9, p. 6). En el libro desaparecen las palabras subrayadas (*TB*, p. 79).

Otras veces, Valle encuentra mayor expresividad en el silencio, porque da libertad al lector para que vea u oiga sin leer. Así, ajusta la idea central descarnándola de trabas, concesiones o desvíos peligrosos. Nacho Veguillas y Lupita dialogan (*TB*, 1926, p. 119):

—Esta conversación, pasó otra vez de la misma manera: ¿Te acuerdas, Veguillas? Pasó con iguales palabras y prosopopeyas.

—*Pudiera.*

En la segunda edición Valle elimina la cansada e indiferente respuesta de Nachito, contradictoria dentro del asombro continuado y creciente del personaje. Equivalente en cierto modo es este otro ejemplo en que Santos Banderas informa con crudeza a don Celes acerca de las poco edificantes aventuras del ministro de España (*EM*, 10, p. 5):

. . . Si le ve muy renuente, manifiéstele que obra en los archivos policíacos un atestado por verdaderas orgías romanas, donde un invertido simula el parto . . .

Se consternó Don Teles.

—*¡Incalificable!*

En el libro (*TB*, p. 95) ya no aparece la exclamación, y el pasmo enmudecido del personaje es mucho más eficaz que su palabra²⁶.

Hay supresiones mayores. Leíamos en la revista: "Y el desvaído carcamal, en la luz declinante de la cámara, desenterraba un gesto chafado, de sangre orgullosa. El gachupín se despidió, repitiendo sus excusas. Al cruzar el estrado, donde la alfombra apagaba el rumor de los pasos, sintió más que nunca el terror de desinflarse" (*EM*, 3, p. 6). El cotejo nos muestra que Valle borra con un silencio tajante lo que se refiere a la despedida y a las excusas del gachupín (*TB*, p. 47):

Y el desvaído carcamal, en la luz declinante de la cámara, desenterraba un gesto chafado, de sangre orgullosa.

IV

Don Celes, al cruzar el estrado, donde la alfombra apagaba el rumor de los pasos, sintió más que nunca el terror de desinflarse.

La pausa larga señalada por el corte brusco de un nuevo capitulillo

²⁶ En otro ejemplo, Valle-Inclán suprime una observación trivial: "A ser de ley [la sortija], no andará muy distante de valer cien pesos. *¡Los brillos ciegan!*" (*Zac*, p. 13). En *Tirano Banderas* (p. 150), la exclamación desaparece.

queda llena con lo que se deja suponer. Las reacciones inmediatas de don Celes son su resultado.

Alguna vez el motivo que determina la supresión puede ser de otro tipo. El retrato del Barón de Benicarlés proviene de un cuidadoso trabajo de eliminación: "El Excelentísimo Señor Don Mariano Isabel Cristino Queralt y Roca de Togores, Barón de Benicarlés y Maestrante de Ronda, devaído figurón diplomático, tenía la voz de cotorrona y el pisar de bailarín . . . Era un desvaído figurón, pasado de moda sin llegar a clásico, snob literario, gustador de cenáculos decadentes, con rito y santoral de métrica francesa" (*EM*, 3, p. 5). La segunda versión (*TB*, pp. 39-40) suprime el primer *figurón* junto con sus dos complementos, sin duda porque algunos renglones más abajo se nos volvía a decir que era *un desvaído figurón*; además, se elimina *pasado de moda sin llegar a clásico*, aunque en sí era un hallazgo en cuanto a juego de palabras y de ideas.

Agregar una palabra es para Valle-Inclán acentuar un aspecto, completar un perfil, subrayar una intención. Un simple pronombre puede recalcar sonora y significativamente la retórica política de un discurso: "Más que revolucionarios políticos, más que hombres de una patria limitada y tangible, somos catecúmenos de un credo religioso" (*EM*, 9, p. 7); cf.: "*Nosotros*, más que revolucionarios políticos . . ." (*TB*, p. 82). Un adjetivo amplía el retrato de un aventurero con fulgurante arista satírica que recorta la faceta del logrero advenedizo: "Tenía dos grandes cruces, un título de conde, un banco sobre prendas, y ninguna de hombre honrado" (*EM*, 7, p. 7); cf.: "Tenía dos grandes cruces, un título *flamante* de conde . . ." (*TB*, p. 71). Un sustantivo oportuno completa un paisaje de múltiple resonancia geográfica y apoya un ritmo que secunda eficazmente el trazo descriptivo; "Santa Fe de Tierra Firme —arenales, pitas y chumberas—, en las cartas antiguas Punta de las Serpientes" (*ES*, 8, p. 3; *EM*, 1, p. 6); cf.: "Santa Fe de Tierra Firme —arenales, pitas, *manglares*, chumberas— . . ." (*TB*, p. 21). Otro sustantivo precisa un vago lugar, que en el resto de la obra estaba identificado claramente y en continuo paralelo con el tiránico morador: "La Cuesta flotaba en la luminosidad del marino poniente" (*ES*, 11, p. 7; *EM*, 2, p. 4); cf.: "Cuesta *Mostenses* flotaba . . ." (*TB*, p. 37). Una palabra suele anudarse en núcleo intenso con otra que se encontraba ya en el texto primitivo y que se repite deliberadamente para un nuevo efecto. En la revista se presenta con fuerza la morada del tirano, pero nada más: "San Martín de los Mostenses, aquel desmantelado convento, de donde una lejana revolución había expulsado a los frailes, era por mudanzas del tiempo, Cuartel del Presidente Don Santos Banderas" (*ES*, 8, p. 3; *EM*, 1, p. 6). El libro va más allá. Sumando al apellido el adjetivo definidor, clava ambas palabras al final del párrafo con violenta independencia expresiva: ". . . era, por mudanzas del tiempo,

Cuartel del Presidente Don Santos Banderas.—*Tirano Banderas*" (*TB*, p. 21)²⁷.

Supresiones y cambios suelen combinarse en el mismo párrafo. Mientras en la revista "Don Teles, rubicundo y glorioso, fumaba un largo veguero entre dos personajes de su prosapia" (*EM*, 7, p. 6), en el libro el grupo dual desaparece y *fumaba* se trueca despectivamente en *tascaba* (*TB*, p. 66). El segundo verbo es más descriptivo de la burda y aparente satisfacción del gachupín, y parece resumir la fatuidad que emanaba de "rubicundo y glorioso". En otro ejemplo el motivo fundamental de la modificación responde a una preocupación de sentido y de forma: "Los dos caporales apisonaron echando tierra, y *guasos* [*sic*] quedó enterrado hasta los estremecidos ijares" (*ES*, 8, p. 3; *EM*, 1, p. 6); en el libro se omite *guasos* y se reemplaza *enterrado* por *soterrado* (*TB*, p. 23). La supresión es fácil de explicar. Al comienzo del capitulillo encontramos que "Venía por el vasto zaguán frailerero, una escolta de soldados con la bayoneta armada, y entre las filas un *roto* greñudo..." (*ES*, 8, p. 3; *EM*, 1, p. 6; *TB*, p. 23). Valle-Inclán, pocos renglones más adelante, había cometido el error de referirse al mismo personaje llamándolo *guasos*. La incongruencia era evidente. El preso no podía pertenecer simultáneamente a dos categorías sociales distintas. Y Valle-Inclán, por mucho que deseara acumular americanismos, por mucho que, como hemos demostrado alguna vez, se dejara llevar por la forma y el sonido de las palabras para llenarlas de un sentido caprichoso y personal²⁸, sabía imponer límites de agudo buen tino a su fantasía. En este caso supo escuchar los significados propios de cada vocablo y sacrificó el americanismo que sintió postizo o molesto. El cambio de *enterrado* por *soterrado* puede deberse a que la palabra elegida tiene mayor fuerza.

CAMBIOS SINTÁCTICOS

En sus textos primitivos, Valle-Inclán se había inclinado por lo general a la sucesión de oraciones independientes recortadas con nitidez por la pausa del punto. Pero el ritmo resultante no parece haber satisfecho el oído del autor, y casi todas las variantes consisten en abreviar la pausa y coordinar copulativamente las proposiciones:

²⁷ Una oración exclamativa agregada al texto puede considerarse semejante a los ejemplos examinados. Dice en la revista: "Mi generalito, no hay más que un firme acatamiento en esta cuera vieja" (*ES*, 13, pp. 6-7; *EM*, 2, p. 5). Pero en el libro una serie exclamativa completa pintoresca y activamente el desnudo párrafo anterior: "... ¡El Señor San Pedro y toda la celeste cofradía me sean testigos!" (*TB*, p. 55).

²⁸ Cf. mi artículo "Los americanismos en *Tirano Banderas*", *Fil*, 2 (1950), p. 229, nota 4.

Tenía soportal de arcos encalados. Un almagreño encendía las baldosas del soladillo (*Zac.*, p. 30). Tenía soportal de arcos encalados, y un almagreño encendía las baldosas del soladillo (*TB*, p. 175).

Sin embargo, tras el sentido rítmico suele manifestarse alguna otra intención. Cuando don Celes va a entrevistarse con el ministro de España, comprende que Benicarlés ha entendido el valor exacto de sus torpes palabras y trata de enmendar el yerro diciendo: "Yo, como hombre de negocios, soy poco dueño de los matices oratorios. Si he vertido algún concepto por donde haya podido entenderse que ostento una representación oficiosa, tengo especial interés en dejar rectificada plenamente esa suspicacia del Señor Ministro" (*EM*, 3, p. 5). Pero en el texto definitivo Valle-Inclán coordina la primera oración con el largo período segundo, recargando el énfasis retórico y pedantesco: "Yo, como hombre de negocios, soy poco dueño de los matices oratorios, y si he vertido algún concepto..." (*TB*, p. 45). Al concluir la entrevista, exasperado por la fría actitud del ministro, don Celes desfogó así su rabia contra el chino jardinero: "¡Deja paso! Mira, no me manches el charol de las botas, chingado" (*EM*, 3, p. 6). Y en la *Novela de Tierra Caliente* leemos: "¡Deja paso, y mira, no me manches el charol de las botas, gran chingado!" (*TB*, p. 47). El cambio sintáctico recalca con el nexó conjuntivo la expresión colérica y el estado de ánimo del gachupín.

En el ejemplo siguiente parece haber sido otro el motivo del cambio: "Abría los brazos con encomio amistoso el Tirano. Apeábase Don Roque" (*TB*, 1926, p. 323); cf.: "Apeábase Don Roque, y abría los brazos con encomio amistoso el Tirano" (*TB*, 1927, p. 323). Al invertir el orden de las acciones se transmite al párrafo un apretado y rapidísimo sentido consecuencial, expresado finamente por la conjunción.

En todo el texto sólo hay un ejemplo en que al cambiar la relación se ha preferido la subordinación:

El Tirano pagó la cordialidad avinada del pobre diablo, con un gesto de calavera humorística. Volvió a recorrer con su antejo el cielo nocturno (*EM*, 10, p. 6)

El Tirano pagó la cordialidad avinada del pobre diablo, con un gesto de calavera humorística, *mientras* volvía a recorrer con su antejo el cielo nocturno (*TB*, p. 101-102).

Gesto y movimiento se superponen ahora casi visualmente.

He aquí otros cambios significativos. Leemos en la revista: "El Cuerpo Diplomático actúa razonablemente, defendiendo la existencia de los viejos organismos políticos que declinan. Nosotros somos *como* las muletas de esos valetudinarios crónicos, valetudinarios como aquellos éticos antiguos, que no acababan de morirse" (*EM*, 6 p. 7). En el texto de *Tirano Banderas* (p. 332) se suprime la partícula comparativa subrayada. Con esta supresión se evita la mo-

lesta proximidad de dos comparaciones casi inmediatas y el párrafo gana, pues el predicado nominal resulta más vigoroso que el parangón. A motivos parecidos obedece otra modificación sintáctica. Mientras en la revista don Celes "llamó al moreno del quitrí, que con otros morenos y rotos, refrescaba bajo los laureles de un bochinche con juego de bolos y piano automático con platillos" (*EM*, 3, p. 6), en el libro el texto se modifica de la siguiente manera: "... bajo los laureles de un bochinche: Juego de bolos y piano automático con platillos" (*TB*, p. 47). En la primera versión se acumulaban pesadamente tres complementos distintos introducidos por la misma preposición. Valle-Inclán suprime con acierto la segunda preposición y la reemplaza por dos puntos. Con un procedimiento contrario al que antes estudiamos, fragmenta una visión unitaria en notas sueltas dadas en frase nominal, con técnica que usaron los llamados impresionistas y que él mismo prodigó.

Valle-Inclán cambia a veces un tiempo verbal por otro. En el folleto de *Zacarías el Cruzado* (p. 8), el siguiente párrafo cerraba un pasaje descriptivo: "... La chinita, en el fondo del jacal, se metía la teta en el hipil, desapartando de su lado al crío que berrea y se revuelca en tierra". Una división posterior lo convierte en inicial de un momento en que la acción y el diálogo son preponderantes. Atendiendo a esto Valle-Inclán prefiere al imperfecto el presente dramático que se ajusta mejor a la situación: "La chinita en el fondo del jacal, se mete la teta en el hipil..." (*TB*, p. 146). En otra oportunidad se reemplaza el valor durativo-descriptivo del imperfecto por la fuerza puntualizadora e instantánea del indefinido: "Tirano Banderas caminaba taciturno" (*ES*, 13, p. 7; *EM*, 2, p. 5); cf.: "... caminó..." (*TB*, p. 59). Después del corte sarcástico con que Santos Banderas cierra la pregunta del licenciado en el capitulillo anterior, el relato tenía que continuar con una acción puntual que hasta por su sonoridad acentuara la brusquedad del tirano.

No sin intención he dejado para el final el siguiente ejemplo, en el cual se concentran varios cambios sintácticos:

Tosca y esquiva, aguzados los ojos como montés alimaña, penetró, dando gritos, una mujer encamisada y pelona. Por la sala pasó un silencio, y los coloquios quedaron en el aire. Tirano Banderas, tras una espantada, se recobró batiendo el pie con ira y denuesto. Temerosos del castigo, se arrestaron la recamarera y el mucamo, que acudieron a la captura de la encamisada (*EM*, 10, p. 6; *TB*, 1926, p. 102).

Tosca, esquiva, aguzados los ojos como montés alimaña, penetró, dando gritos, una mujer encamisada y pelona. Por la sala pasó un silencio, los coloquios quedaron en el aire. Tirano Banderas, tras una espantada, se recobró batiendo el pie con ira y denuesto. Temerosos del castigo, se arrestaron la recamarera y el mucamo, que acudían a la captura de la encamisada (*TB*, 1927, p. 102).

Conocemos la preferencia de Valle-Inclán por los grupos duales unidos por y, pero esta vez, sacrificándola, redujo el comienzo del pasaje a una enumeración abierta que provoca una inmediata sensación de ahogo expectante. En contraste con lo señalado al principio, Valle-Inclán se decide ahora por la sucesión de oraciones sin nexos, y la ruptura de la coordinación entre “por la sala pasó un silencio” y “los coloquios quedaron en el aire”, acentúa aún más lo ya determinado por la expresividad inicial del pasaje. Finalmente, se reemplaza el indefinido por el imperfecto. Para la intención de Valle-Inclán, *acudían* en lugar de *acudieron* era más eficaz. *Acudían*, con su anterioridad descriptivo-durativa, contrasta con la repentina inmovilidad temerosa indicada por *se arrestaron*. Y el pasaje iniciado con la violenta aparición de la loca termina con una violencia petrificadora.

Las pocas variantes sintácticas estudiadas no son pobres ni insignificantes. Respaldadas por una intención artística siempre alerta, cada una es en sí un retoque perfeccionador.

REFUNDICIONES

Todas las modificaciones analizadas vuelven a encontrarse en las refundiciones, generalmente acompañadas por rasgos nuevos muchas veces reducidos a simples y rápidos toques.

Un oportuno cambio de ordenación mejora un pasaje:

El Coronelito y Filomeno descansaron bajo la arcada, en la corriente de la puerta —por fondo, una cortinilla de lilailos japoneses—, en jinocales parejos. Son los jinocales unos asientos de bejuco y palma, obra de los indios llaneros (*Zac*, p. 30).

El Coronelito y Filomeno descansaron en *jinocales parejos*, bajo la arcada, en la corriente de la puerta, por fondo, una cortinilla de lilailos japoneses. —Son los jinocales unos asientos de bejuco y palma, obra de los indios llaneros (*TB*, pp. 175-176).

La colocación de *jinocales* inmediatamente después del verbo destaca esta palabra, que interesa a Valle como base de un juego irónico. (Cf. “Los americanismos en *Tirano Banderas*”, p. 236).

Otro cambio, determinado por una reordenación y un agregado muy breve, parece sugerido por la relectura de un pasaje de “La niña Chole” (*Femeninas*, Pontevedra, 1895, p. 143): “... el señorón yankee... pudo... resoplar dentro de su chaleco blanco, poniendo en conmoción los dijes de una gran cadena, que, tendida de bolsillo a bolsillo, le ceñía la panza”:

Don Teles infló la botarga patriótica, haciendo sonar todos los dijes de la gran cadena que la ceñía tendida de bolsillo a bolsillo... (*EM*, 7, p. 6)

Don Celes infló la botarga patriótica, haciendo sonar todos los dijes de la gran cadena que, *tendida de bolsillo a bolsillo*, le ceñía la panza... (*TB*, p. 69).

Con tres toquécillos casi imperceptibles reelabora Valle el párrafo siguiente:

Tomó asiento, a la vera de su colega Fray Mocho: —Un viejo con mugre de chupatintas, picado de viruelas, gran nariz colgante: Acogió al compañero con una bocanada vinosa (*EM*, 9, p. 6).

... tomó asiento, a la vera de su colega Fray Mocho: Un viejales con mugre de chupatintas, picado de viruelas y gran nariz colgante, *que* acogió al compañero con una bocanada vinosa (*TB*, p. 78).

El sufijo *-ales* acentúa la visión despectiva del personaje. La transformación de la oración independiente, iniciada por el ambiguo *acogió*, en una subordinada, corrige la oscuridad del párrafo; y esta modificación, unida al agregado de *y* entre *viruelas* y *gran nariz*, redondea la estructura sintáctica.

La refundición puede nacer también de un ligero desvío de la idea primera:

Santa Fe, con una furia trágica y devoradora del tiempo, escapaba de su sueño de pesadilla, con el grito de sus ferias, luminoso y tumultuoso como un grito bélico (*EM*, 3, p. 6).

Santa Fe, con una furia trágica y devoradora del tiempo, escapaba *del terrorífico sopor cotidiano*, con el grito de sus ferias, tumultuoso como un grito bélico (*TB*, p. 48).

El *sueño de pesadilla*, demasiado inerte y reiterativo, deja su lugar al *terrorífico sopor cotidiano*, en donde la disonancia entre *terrorífico* y *sopor* agrega fuerza expresiva; la supresión de *luminoso* evita una pareja de adjetivos en una oración iniciada por otra pareja (*trágica* y *devoradora*).

El agregado de una oración exclamativa larga puede acentuar el carácter de un personaje, con sesgo de caricatura trágica:

Te devolveré la tumbaguita. No hago cuenta de los bolivianos. Recoge esos restos. Dales sepultura... (*Zac*, p. 58).

Te devolveré la tumbaguita. No hago cuenta de los bolivianos. *¡Quiere decirse que te beneficias con mi plata!* Recoge esos restos. Dales sepultura... (*TB*, p. 217).

Ni aun el miedo que sacude la pusilanimidad de Quintín Pereda borra la preocupación mezquina del prestamista.

Valle suprime una expresión del tirano, que recalca demasiado burdamente su arbitrariedad y, con mayor acierto, sólo la deja entrever en un comentario posterior:

... Constitúyanse en tribunal y resuelvan el caso con arreglo a conciencia, que yo haré siempre lo que tengo en propósito (*EM*, 10, p. 5).

... Constitúyanse en tribunal, y resuelvan el caso con arreglo a conciencia (*TB*, p. 97).

De haberse conservado las palabras de Tirano Banderas, se habría

mantenido un elemento que debilitaba luego lo expresado por el licenciado Carrillo: “—¿Cuál será la idea del patrón? . . . Preciso es adivinarle la idea al patrón, y dictaminar de acuerdo” (*EM*, 10, p. 5; *TB*, p. 98). Valle sólo conserva de la primitiva construcción la sospecha y la preocupación obsecuente del Licenciado. Si éste trata de acertar con el propósito recóndito, es porque conoce la inutilidad de un acto de conciencia frente a la dura voluntad del tirano. Y la fuerza dramática y oscura del pasaje está en el tanteo hacia ese abismo mudo, temido por todos.

La descripción de Tirano Banderas adquiere mayor relieve y nitidez apoyada por un ritmo perfecto:

Tirano Banderas, parsimonioso, chascaba la coca: Le temblaba la quijada, y le saltaba la nuez bajo el pergamino del papo (*ES*, 12, p. 3; *EM*, 2, p. 5)

Tirano Banderas, parsimonioso, *rumiaba* la coca, *tembladera* la quijada y *saltante* la nuez (*TB*, p. 51).

Valle-Inclán reemplaza *chascaba* por *rumiaba*. Con el segundo verbo se describe habitualmente el vicio del tirano, y, en cierto modo, es también un reflejo de su actividad mental, lo cual le da resonancias siniestras. Además, Valle cambia los otros dos verbos conjugados por dos formas adjetivas de raíz verbal, antepuestas deliberadamente a sus sustantivos, y elimina el final del párrafo, con lo que aligera la estructura.

La más acabada de estas breves refundiciones es la siguiente:

A lo largo de la formación, chinitas y soldaderas haldeaban corretonas, huroneando el tabaco entre las medallas, el centavo y las migas del faltriquero (*ES*, 8, p. 3; *EM*, 1, p. 6).

A lo largo de la formación, chinitas y soldaderas haldeaban corretonas, huroneando entre *las medallas y las migas del faltriquero, la pitada de tabaco y los cobres para el coime* (*TB*, p. 22).

La primera versión apuntaba con elementos semejantes a iguales fines que la segunda, pero la reacomodación posterior vigorizó el conjunto. El efecto se logró fundamentalmente con la doble construcción dual que encierra una simetría de oposición cruzada. Revueltos en el faltriquero de las *rabonas* se suman cuatro elementos que fijan necesidades de una vida dura. En el primer grupo se señalan las *medallas* —religión supersticiosa— y las *migas* —hambre miserable. Ambas palabras corresponden al aspecto femenino de un ambiente paupérrimo. En el segundo grupo la atención se vuelve al aspecto masculino: *la pitada de tabaco, los cobres para el coime*. Y ese ínfimo cuadro vital abarcado por cuatro elementos no ha sido dado con diminutivos sino con palabras plenas que disminuyen hasta lo increíble las necesidades de un grupo humano²⁹.

²⁹ Dentro de las refundiciones puede señalarse la remodelación de los diá-

Pero el arte con que Valle refunde se aprecia sobre todo en ciertos pasajes largos:

El Circo Harris perfilaba el contorno obscuro de sus lonas sobre el cielo verde de luceros. Apretada multitud estacionábase frente a las puertas, bajo el guiño apache de los arcos voltaicos. La noche era tibia de rumorosa incerteza, en los ramajes del parque. Parejas de caballería estaban de cantón en las esquinas. Mezclados entre los grupos, huroneaban los espías del Tirano. . . Un grupo con banderas y bengalas, aplausos y amotinados clamores, gritaba frente al Casino Español (*EM*, 7, p. 6).

El Circo Harris, *en el fondo del parque*, perfilaba *la cúpula diáfana* de sus lonas *bajo* el cielo verde de luceros. *Apretábase la plebe vocinglera* frente a las puertas, en el guiño de los arcos voltaicos. Parejas de caballería estaban de cantón en las *bocacalles*, y mezclados entre los grupos, huroneaban los espías del Tirano. . . *Sucesivos grupos con banderas y bengalas, aplausos y amotinados clamores, a modo de reto*, gritaban frente al Casino Español (*TB*, pp. 63-64).

Confrontados los cambios, encontramos que Valle-Inclán destaca aún más en la segunda versión las notas pictóricas del cuadro ("en el fondo del parque", "la cúpula *diáfana*", "en el guiño de los arcos voltaicos"), y elimina las notas borrosas e imprecisas ("la noche era tibia de rumorosa incerteza"). "Sucesivos grupos", "a modo de reto" refuerzan la expresión de la actitud hostil de la muchedumbre.

Interesante también es el siguiente ejemplo:

El Casino Español —rojos terciopelos, doradas lámparas, rimbombantes moldurones—, estallaba rubicundo de luminarias, bronco y resonante de bravatas. . . Por los salones, al sesgo de la farra valen-

El Casino Español —*floripondios*, doradas lámparas, rimbombantes moldurones— estallaba rubicundo y bronco, resonante de bravatas. . . Por los salones, al sesgo de la farra valentona, *comenzaban* solapados

logos en los cuales observamos supresiones, adiciones, desmembramientos de parlamentos, atribución a un personaje de palabras que originalmente le oíamos a otro. Los ejemplos que citamos a continuación muestran hasta qué punto se mejora el texto en la segunda redacción:

—Jalate no más. La cabrona vida sólo así se sobrelleva. ¿Qué se pasó con la chinita?

—Fué denunciada.

—¿Y presa?

—¡Qué chance! (*Zac*, p. 52).

—¿Qué valedor le arrugó el tenderete, mi vieja? No se atore y suelte el gallo.

—¡No me apriete, niño, que me expone a una venganza! (*ES*, 13, pp. 6-7; *EM*, 2, p. 5).

—Jalate no más. La cabrona vida sólo así se sobrelleva. ¿Qué se pasó con la chinita? ¿Fué denunciada?

—¡Qué chance! (*TB*, p. 207).

—¿Qué *jefe militar* le arrugó el tenderete, mi vieja?

—*¡Me aprieta*, niño, y me expone a una venganza!

—No se atore y suelte el gallo.

—*No me sea mala reata*, Señor Licenciado (*TB*, p. 54).

tona, comenzaron solapados murmullos... Los calvos tresillistas dejaban en el platillo las apuestas... Algunas voces tartufas de empeñistas y logreros, reclamaban prudencia y una escolta de gendarmes para garantía del orden. Luces y voces ponían una palpitación chula y verbenera en aquellos salones decorados con la emulación ramplona de los despachos ministeriales en la Madre Patria: De pronto la falange gachupina acudió en tumulto a los balcones. Gritos y aplausos... (EM, 9, p. 6).

murmillos... Los calvos tresillistas dejaban en el platillo las puestas... Algunas voces tartufas de empeñistas y *abarroteros*, reclamaban prudencia y una escolta de gendarmes para garantía del orden. Luces y voces ponían una palpitación chula y *politiquera* en aquellos salones decorados con la emulación ramplona de los despachos ministeriales en la Madre Patria: De pronto la falange gachupina acudió en tumulto a los balcones. Gritos y aplausos:

- ¡Viva España!
- ¡Viva el General Banderas!
- ¡Viva la raza latina!
- ¡Viva el General Presidente!
- ¡Viva Don Pelayo!
- ¡Viva el Pilar de Zaragoza!
- ¡Viva Don Isaac Peral!
- ¡Viva el comercio honrado!
- ¡Viva el Héroe de Zamalpoa!

(TB, pp. 64-65).

Los cambios oportunos de palabras débiles por otras más expresivas (*floripondios* en lugar de *rojos terciopelos*) o que coinciden mejor con los propósitos críticos del autor (*abarroteros* en lugar de *logreros*), y la sustitución de un tiempo instantáneo (*comenzaron*) por otro descriptivo (*comenzaban*) acentúan la intención burlesca. Pero el acierto mayor está en la serie de exclamaciones agregadas al final del pasaje. Introducen en el cuadro la agitación del movimiento y son reflejo mental de quienes las profieren. Su incongruencia, los valores desaparejos que fijan, las contradicciones que encierran, son expresión vigorosa del sarcasmo de Valle, que arremete despiadadamente contra la casta de hombres que alguna vez gritaron: "¡Vivan las cadenas!"

De todas las refundiciones mayores, la mejor lograda es la que ahora transcribimos:

Tras prolija discusión, se redactó una nota. La firmaban veintisiete naciones. Fué un acto trascendental. La nota aconsejaba el cierre de los expendios de bebidas, y exigir el refuerzo de

Tras prolija discusión se redactó una nota. La firmaban veintisiete Naciones. Fué un acto trascendental. *El suceso, troquelado con el estilo epigráfico y lacónico del cable, rodó por los grandes periódicos del mundo: —Santa Fe de Tierra Firme. El Honorable Cuerpo Diplomático acordó la presentación de una Nota al Gobierno de la República. La Nota,*

guardias en las Legaciones y Bancos Extranjeros (EM, 4, p. 8).

a la cual se atribuye gran importancia, aconseja el cierre de los expendios de bebidas, y exige el refuerzo de guardias en las Legaciones y Bancos Extranjeros (TB, p. 314).

El pasaje de *El Estudiante* concluía con escaso relieve un capitulillo de "El honorable cuerpo diplomático". Pero con la transposición arquitectural a que Valle sometió su obra, el fragmento adquiriría una importancia extraordinaria. La nota era ahora el motivo temático del libro tercero de la sexta parte, y en la nueva redacción Valle-Inclán recurrió a todos los elementos que pudieran orquestarle un final apropiado, agudamente satírico. Valle amplía y reemplaza con destreza. Desgarra el breve fragmento narrativo —acentuado ahora con mayúsculas irónicas— e incrusta en él la noticia periodística destinada a todo el orbe. Remodela las últimas líneas del pasaje para acomodarlas al "estilo epigráfico y lacónico del cable" y conserva para el final, reforzado por el largo prefacio, el resultado minúsculo y egoísta de la importante reunión diplomática.

De los cambios mínimos hasta las refundiciones mayores, hemos recorrido todos los tipos de variantes que puede ofrecernos el libro frente a las publicaciones previas. Muy rara vez carecen de sentido inmediatamente explicable; casi siempre mejoran la redacción primitiva. Los cambios han sido abundantísimos e importantes, y la labor de pulimento se ha cumplido en un período que apenas alcanza a un año y medio³⁰. Ninguna de las obras de Valle ofrece a la comparación un trabajo tan intenso realizado en tiempo tan breve, aun cuando ninguna de ellas presenta los complicados problemas de la *Novela de Tierra Caliente*. En *Tirano Banderas* ha habido una verdadera concentración de esfuerzo creador y el resultado ha sido la obra más perfecta de toda la carrera literaria de Valle-Inclán.

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO

El Colegio de México.

³⁰ Mi afirmación sólo se refiere a lo que he podido observar confrontando los capítulos de *El Estudiante*, el folleto de *Zacarias el Cruzado* y las ediciones de 1926 y 1927. En realidad, Valle-Inclán trabajaba en *Tirano Banderas* por lo menos desde 1924: "Trabajo en una novela americana de caudillaje y avaricia gachupinesca. Se titula *Tirano Banderas*. No es en diálogo, sino en una prosa expresiva y poco académica" (Carta citada por Cipriano Rivas Cherif en *España*, Madrid, 16 de febrero de 1924, p. 8).